

lo que expresaba Proudhón con el giro general de sus frases. Precisamente éste excluía toda influencia religiosa en la sociedad, para que nadie tuviese motivo de derivar de un poder de lo alto un principio de un orden superior, para que todos sacasen su ley y su derecho de sí mismos, para que todos fuesen completamente libres é iguales entre sí. De donde resulta que, en el anarquismo, la irreligión no es asunto de gustos, como en el socialismo, sino que el ateísmo pertenece en realidad á la esencia del anarquismo, y es inseparable de él.

El anarquismo es, pues, el coronamiento, el término natural y necesario del ateísmo moderno y de todas las tendencias intelectuales que lo preparan ó emanan de él. Un panteísta, un evolucionista consecuente, que tiene conciencia de su sistema, debe ser anarquista. Por otra parte, la confusión producida en los espíritus por estos sistemas contribuye en gran manera á madurar las inteligencias para el anarquismo. Hasta ahora, por lo menos, quedaban á los espíritus demasiados recuerdos de la historia de la sociedad para entregarse, sin grandes reservas ni reflexión, en brazos del anarquismo. Pero una vez introducido el anarquismo en las esferas elevadas, de donde emana toda autoridad y toda protección, no habrá grandes dificultades para practicarlo abajo, en todas las relaciones de la vida.

Fiel ayuda presta á esto,—como con razón dice Ludovico Stein⁽¹⁾—el modo de ser de toda nuestra educación moderna. Nuestra generación llena su cabeza con una masa enorme de conocimientos, masa constituida por las cosas más contradictorias y discordantes, aprendidas todas juntas y al mismo tiempo, sin ningún vínculo espiritual que las relacione con una concepción religiosa, y dominada de una repugnancia fundamental por toda escuela lógica, ó, como se dice, escolástica, que pudiese poner orden en semejante caos. En tales condiciones, ¿hay para maravillarse, si los hombres toman el mucus primitivo, la

(1) Lud. Stein, *An der Wende des Jahrhunderts*, 287 y sig.

papilla del universo, la nebulosa estrellar, por el estado natural del mundo? Con esto, ya están todos maduros para el anarquismo, y ya pueden decir que únicamente él puede constituir el régimen natural de la sociedad.

9. Anarquismo moral.—Pero, con ello, ya están maduros para una forma peor y más desastrosa del anarquismo, forma que es al propio tiempo la causa principal del anarquismo social y político, y también de las consecuencias que de él se deducen, á saber, el anarquismo moral. Y con esto tocamos el punto que hace más peligroso é incurable al anarquismo. Si no se cura el anarquismo moral, no hay salvación para la sociedad. Y no habrá salvación para él, mientras no se extirpe el anarquismo religioso.

Que el peligro consiste precisamente en el anarquismo moral, lo creen también hombres que no siempre están á nuestro lado; sólo que generalmente dirigen sus ataques en este punto contra unos pocos espíritus, que especialmente se han distinguido en la confusión de las ideas religiosas, jurídicas y morales, y en particular contra Stirner, Nietzsche y sus secuaces. Ciertamente, merecen éstos las más agrias censuras por haber dado inconsideradamente á la publicidad las más perniciosas y desmoralizadoras enseñanzas. Este ejemplo es siempre contagioso, ya que cuanto mayor es el descaro con que los ingenios eminentes cometen públicamente una estupidez ó una acción detestable, tantos más imbeciles encuentran que creen hacerse los grandes imitándolos. Actualmente, todos se creen genios superiores, únicos dioses, cuando hablan, en lenguaje ininteligible, de la moral de los esclavos, de la de los amos, del derecho de pecar, de la voluntad del poder, etc. El derecho, el deber, la conciencia, cosas son ya que casi inspiran repugnancia al hombre vulgar, pues también éste se envanece con orgullo de su moral de fiera, de la bestia que lleva en su interior, del sentimiento elevado del mal, que realiza sonriendo. Y las mujeres casi cometen semejantes horrores, y se enorgullecen de ellos, con más audacia aún que los hombres.

Sin duda que son éstos grandes pecados populares, cuya semilla encuentra aquí terreno á propósito para desarrollarse. Pero que no se eche toda la culpa á los hombres arriba mencionados. ¿Acaso han sido ellos los dos únicos autores y doctores que han existido desde hace siglos? ¿Qué han enseñado en resumidas cuentas á las masas que éstas no supiesen ya de mucho tiempo atrás? Verdad es que han dado á muchas palabras un significado, por medio del cual las ideas ya conocidas han penetrado con mayor facilidad en las inteligencias y en los corazones. Pero en esto consiste toda su culpa. Las ideas difundidas por ellos, hace ya un siglo que se vienen enseñando en centenares de cátedras, y se encuentran en miles de obras, eruditas ó no, y se han convertido en patrimonio común de la época. La doctrina de la autonomía, de la independencia del hombre, así como la del derecho de obrar bien ó mal según el capricho, la negación de la diferencia entre el bien y el mal, la afirmación de que el mal es superior á la virtud, la rebelión contra la supuesta esclavitud del hombre y contra su educación por la ley de Dios, éstos y cien otros principios semejantes han sido pregonados por los más célebres filósofos, estéticos y poetas, con tanta frecuencia, que ya nada más puede añadirse á ellos. El que quiera tomarse la molestia de hojear la 2.^a parte de esta Apología, quedará convencido de ello.

De esto se deduce que, en la propaganda del anarquismo, poco más ó menos son igualmente culpables la época y el mundo, éste por el práctico auxilio que le ha prestado, y aquélla por su silencio. Cierto es que pocos son los que quieren aceptar la responsabilidad del mal, cada uno en la parte que le corresponda, pero se equivocan si creen que pueden descargarse de ella. Cada uno vierte gotas ó su carga en el gran depósito, en el cual beben las grandes masas la turbación de los espíritus y el envenenamiento de los corazones.

Así, poco á poco, se ha ido formando la opinión pública,

de tal modo, que la expresión *anarquista* es la más suave que se puede emplear. Si se quiere resumir en pocas palabras su significado, podemos formular los siguientes principios: «Nada es prohibido; permitido es todo lo que causa placer; el mayor goce por el menor precio, por el menor esfuerzo; poco nos importa el más allá; aquí bajo nos arreglamos, aquí queremos gozar, aquí queremos indemnizarnos de todas nuestras penas y trabajos. No queremos oír hablar de sacrificios, de abdicaciones; nuestro mayor anhelo no consiste en las privaciones, sino en el aumento de los goces. El individuo—esta es la doctrina de Tolstói—es bueno; el mal proviene de la sociedad corrompida, del Estado, y, particularmente, de la Iglesia. Sólo existen bienes materiales. Si no están por completo al alcance de la sociedad, la única culpa de ello consiste en la mala organización de la sociedad. Del cambio de ésta, resultará la felicidad universal inmediata. La ignorancia y la envidia tienen la culpa de que la humanidad no haya logrado ya esta situación feliz».

10. El anarquismo como consecuencia de la moderna evolución.—Tal es el evangelio social en sus rasgos fundamentales. No es posible dudar que de él surge el anarquismo con fuerza irresistible, y, por otra parte, no es menos claro que la difusión del anarquismo debe fomentar en gran manera el arraigo de tan terribles principios. Aquí todo trabaja solidariamente para la consecución del mismo fin. En los asuntos religiosos, reina el más completo nihilismo, y en las cuestiones morales, el más grosero materialismo y el más brutal imperio de los instintos desatados; y lo mismo en aquéllos que en éstas, la más completa independencia del hombre, resultado final hacia el que dirigen todos sus esfuerzos el supuesto desarrollo social, la ciencia moderna y el movimiento de la cultura moderna. Con razón Ziegler, de acuerdo con Schmoller, cree que el fundamento más remoto del peligro social no consiste en la inmensa discordia producida por la desigualdad de la posesión, sino de la educa-

ción. ⁽¹⁾ No tratamos de inquirir aquí si ha comprendido toda la importancia de estas palabras; nos basta conocer el inmenso abismo que se ha abierto tras de ellos, abismo en el cual puede hundirse el mundo entero.

Sí, todo el mundo moderno deberá hundirse en este abismo, si no se logra llenarlo, propósito que, en verdad, no sería difícil de alcanzar. La existencia de este abismo es debida á que la cultura moderna ha suprimido, en parte, los fundamentos religiosos, morales y jurídicos que brotaron del Cristianismo. No los ha suprimido por completo, y mientras esto no ocurra, se mantendrá, si bien con pena, el carcomido edificio. Pero todo lo que no sea volver formalmente á los principios abandonados del Cristianismo, es avanzar hacia el abismo. Con este medio sencillísimo, se daría ya el primer paso para la salvación.

Ignoramos si el mundo tendrá valor y fuerza para esto. Lo esperamos y lo deseamos, pues tenemos confianza en la fuerza del bien y en la razón humana. Pero si no ocurre esto, no queda al mundo otra perspectiva que el imperio del anarquismo. Porque dos consecuencias surgen evidentemente de nuestro examen, á saber: Las llamadas ideas modernas, mientras están casi por completo huérfanas de la idea cristiana, como ocurre aquí, empujan al anarquismo, y en él encuentran su fin natural; pero el anarquismo es la destrucción completa de todo orden social.

(1) Ziegler, *Die geistigen und sozialen Strömungen des 19 Jahrhunderts*, (2), 528.

CONFERENCIA VI

EL INTERNACIONALISMO

1. **Falso consuelo en la contemplación de la situación del mundo.**—Los progresos del anarquismo nos producen la impresión de que la sociedad es un vehículo gigantesco, en el cual, por la violencia de su constante desplazamiento, todas las partes aisladas de la máquina están en incesante oscilación y temblor, y, por consiguiente, en progresivo desgaste. Figurémonos uno de nuestros buques modernos de guerra, la quinta esencia de todos nuestros inventos y conocimientos, uno de esos monstruos, contruídos de acero para que nunca se destruyan, pero que no obstante, al cabo de algunos años, lo vemos ya fuera de servicio, aun antes de que haya tomado parte en batalla alguna, pues apenas se pone en movimiento, cuando, oprimidas por el peso de esta monstruosa máquina, gimen las partes, con tal fuerza, que parece que todo va á estallar. Sólo remendándolo constantemente, se le puede mantener en servicio; pero si empiezan á manejarse los cañones monstruos, se rompen los más fuertes remaches, se sueltan las más formidables vigas, y, á cada momento, temen todos recibir sobre sus cabezas un montón de ruinas.

Todo esto no inspira gran confianza en la duración de este invento tan caro. Pero, entre tanto, el marino se consuela y dice: «En verdad que este barco no ha de durar eternamente; cuando ya no sirva, nos entregarán otro. Por ahora, el todo se mantiene unido, y mientras no se deshaga, iremos tirando con él, aunque sea preciso repararlo cada día».

Pues bien, el mismo consuelo ofrecen los adoradores de